JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

I. HAOMBRE

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
I. HAOMBRE

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

I. HAOMBRE

Mano Izquierda Editores

Quince mil millones de cuerpos sostienen el peso del aire,
un enjambre de huesos que camina sobre la corteza agotada.
En este año dos mil ciento noventa y nueve,
resulta difícil distinguir dónde termina el hombre
y dónde comienza el hambre que lo habita;
ambos se han vuelto la misma arquitectura de la necesidad,
un mecanismo que consume para existir y existe para ser consumido.

En las arcadas verticales de la metrópoli,
el trigo ya no conoce el sol ni la tierra húmeda:
es una cadena genérica sintetizada en cubos de proteína,
alimento transgénico diseñado para acallar el estómago
sin llegar jamás a nutrir la dignidad del hombre.
Y sin embargo, en los muelles de carga del hemisferio norte,
toneladas de esta materia comestible se pudren en la sombra,
desperdiciadas por las cuotas de un mercado ciego,
mientras a pocos kilómetros el hambre roe las gargantas
de quienes son arrojados al despojo.

El oro reposa como un metal inútil en las catacumbas del siglo pasado;
su brillo ya no compra la lealtad ni el dominio del mundo.

Ahora la hegemonía pertenece a los yacimientos de Litio-Filtrita,
el mineral denso capaz de tamizar las toxinas del ambiente
y extraer la última gota limpia del subsuelo.
Las antiguas potencias, ahogadas en sus viejas deudas y su grasa,
colapsaron frente a los nuevos dominios de la franja ecuatorial,
cuya fuerza no reside en los ejércitos, sino en el control de las napas.

En esta nueva jerarquía, el rango social se mide en el cristal:
una botella de agua natural, embotellada de fuente profunda,
es la insignia suprema en las mesas del privilegio.
Sostener la pureza sin matices es la prueba del poder,
mientras la masa de quince mil millones bebe el fluido reciclado de las plantas,
un agua con sabor a metal y a filtro gastado
que apenas pospone el colapso del cuerpo.

El hombre del dos mil ciento noventa y nueve es su propio capataz;
no necesita cadenas externas porque el hambre es la orden perfecta.
Trabaja dieciocho horas en la extracción del mineral o el mantenimiento de los bloques
para adquirir la ración exacta que le permita despertar mañana.
Es una esclavitud sin látigos, aceptada como la única forma del pulso,
donde el individuo se desgasta a sí mismo en una combustión lenta,

malgastando su existencia en la línea de montaje de su propia supervivencia.

Hay una simetría oscura en este desgaste:
cuanto más se desperdicia la vida del hombre en los turnos sin fin,
más se acumula el desperdicio en los vertederos del planeta.
El hombre se consume por dentro para alimentar la máquina,
mientras la máquina escupe toneladas de insumos que nadie llegará a probar.
El hambre no es la ausencia de recursos en este siglo,
sino la forma en que el sistema administra la obediencia.

El hambre moldea las manos del hombre y el hombre moldea la forma de su hambre.
En las calles superpobladas, el contacto humano es solo roce de carne cansada;
las aspiraciones han sido reducidas a la escala del plato diario.
Las viejas ideologías que prometían la abundancia
son hoy manuscritos sepultados bajo las torres de purificación.
Las potencias emergentes no hablan de libertad ni de historia:
administran la hidratación, racionan la proteína sintética
y miden la productividad en litros de sudor extraído.

El hombre ha quedado atrapado en el círculo de su propia fisiología.
Su trabajo genera el alimento transgénico que consume,
y ese alimento le otorga la energía justa para volver a ser explotado.

El hambre ya no es una crisis pasajera o una sequía estacional:
es la condición permanente de la especie,
el motor que mueve las ciudades verticales y la moneda invisible que paga el trabajo.

Visto desde la altura de las plataformas orbitales,
el planeta brilla con una luz metálica y seca.
Quince mil millones de almas se apretujan en la penumbra de los niveles inferiores,
mirando el reflejo de las botellas de agua pura en los escaparates blindados.
El hombre comprende finalmente la naturaleza de su era:
ha transformado el mundo en una despensa clausurada
donde el verdadero desperdicio no es la comida arrojada al mar,
sino el tiempo, la conciencia y la vida que se escapan sin dejar rastro.

El hambre permanece cuando la jornada termina y la luz artificial se apaga;
no se satisface con la dosis genérica de nutrientes ni con el agua filtrada.
Es un vacío más profundo, la certeza de que la especie
se devoró a sí misma para construir su propio cautiverio,
dejando que el hambre sea el único testimonio
de lo que alguna vez significó ser un hombre.

El estallido de la abundancia sintética dividió al cuerpo en dos espejismos:
la anorexia del privilegio, el rechazo a la masa genérica que nutre,
el deseo de moldear el hueso hasta volverlo inmaterial como el aire;
y la obesidad deforme de los niveles inferiores,
donde la pasta transgénica se acumula como un sedimento tóxico en los tejidos,
un peso muerto que hincha las extremidades de la muchedumbre sin darles fuerza.

Surgió entonces la purga como un ritual de desesperación:
la bulimia de quienes devoran el racionamiento industrial para luego devolverlo al drenaje,
un intento inútil por vomitar el veneno de la época,
por sacudirse de las entrañas el rastro del laboratorio.
El cuerpo del hombre y de la mujer se convirtió en un campo de batalla
donde la estética es una cicatriz y el alimento, una sentencia.

Para sobrevivir a la jornada ininterrumpida,
la carne tuvo que pactar con el metal y la fibra sintética.
El cyborg del dos mil ciento noventa y nueve no es una utopía de poder,
sino una prótesis obligatoria contra el colapso biológico:
estómagos mecánicos que procesan el residuo químico,
filtro-pulmones que convierten la toxina ambiental en aliento

y moduladores neuronales que apagan la señal del hambre antes de que toque la conciencia.

En este ensamble de carne y titanio, el hombre cede su biología a la máquina,
mientras la mujer integra aleaciones en su vientre para resistir los vapores del subsuelo.
Pero bajo el blindaje de cromo y los hilos de biopolímero,
el órgano fantasma sigue latente:
un dolor que los circuitos no logran silenciar,
la memoria sorda de cuando la vida no dependía del mantenimiento eléctrico.

El derecho al alimento es una cifra grabada en los códigos de clase.
En los márgenes de la metrópoli,
las minorías son borradas del reparto con la frialdad de un error de cómputo:
la mujer reducida a la escala del trabajo no pagado,
el cuerpo trans que el sistema no clasifica en sus dispensadores automatizados
y al que se le deniega la clave de acceso a la proteína limpia,
el hombre cuyo rendimiento decayó y fue desconectado de la cuota hídrica.

Los derechos en el siglo veintidós son reliquias escritas en lenguajes muertos.
El hambre se administra como un filtro disciplinario:

quien no encaje en la norma del molde productivo
es arrojado a las alcantarillas del desecho,
a disputar el agua servida con las máquinas descartadas.

En las fronteras de esta civilización superpoblada,
los cuerpos excluidos (hombres, mujeres, identidades disidentes)
comparten la misma penumbra y la misma sequedad en los labios.
Ya no hay diferencia entre el implante desgastado del cyborg
y la piel marchita de quien ha rechazado la ración sintética.

El hambre en 2199 ha completado su obra:
ha revelado la falsedad de una era que prometió vencer a la naturaleza
solo para convertir el pan y el agua en instrumentos de dominación.
Bajo la sombra de las torres de filtración,
la carne lastimada sigue recordando lo que el sistema intentó borrar:
la nutrición no es una concesión del mercado,
sino la condición primera para seguir siendo humano.

Mano Izquierda Editores

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

II. S3XØ

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
II. S3XØ

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

II. S3XØ

Mano Izquierda Editores

Piel contra piel
plástico contra metal
el sexo en esta repentina actualidad
ya no guarda misterio alguno en el roce
sino una descarga eléctrica,
en el frío pulso de dopamina en la nuca.

El placer se calcula en milisegundos,
un algoritmo mide el espasmo de la carne
los genitales ya no son sagrados
fueron expurgados
y reconfigurados,
mutilados por elección o por decreto
placas de cromo donde antes había calor
conductos sellados con láser de alta frecuencia y
anestesia permanente en el pudor
haciéndolos menos rebeldes
más controlables.

El orgasmo no busca la vida,
el orgasmo es solo un drenaje de la tensión,
exceso desmedido de bioelectricidad
un botón que se presiona en la penumbra
una pausa breve en cada jornada

Ante la liturgia del exceso
en las salas colectivas de la metrópoli

las orgías no tienen rostro.
Son enjambres de cuerpos modificados
hombres, mujeres, identidades sintéticas
transgenesia aplicada a la epidermis
escamas de pez abisal que brillan en la sombra,
pigmentos luminiscentes bajo los poros
glándulas artificiales que secretan feromonas de diseño.

Todos se juntan en la masa
buscando el roce que alivie el aislamiento
de lo que alguna vez fue algo colectivo
pero la carne está demasiado gastada.
El deseo se extingue rápido.
Queda solo la fricción,
un sudor amargo retenido en los filtros individuales.

Nadie recuerda el nombre del otro,
nadie busca una mirada entre la bruma
el orgasmo llega como un choque eléctrico,
Seco, calculado, vacío, sin color alguno.

Desde el diseño de la simiente
el vientre natural es un delito, es una
falla en el control del planeta,
quince mil millones de personas pesan demasiado
para la biomasa de un planeta,
la tierra erosionada.

El suelo se hunde ante la pisada humana
la orden global es reducir la especie,
frenar la marea de la super-superpoblación.

En los tanques de biogénesis los
fetos flotan en un suero fluorescente.
Sin madres ni padres, hoy
la parentalidad ha sido abolida.
Nadie pertenece a nadie, solo al estado receptor
nadie carga con la memoria de un hijo.

Los embriones son editados antes del primer latido
biotecnología de precisión absoluta
genes recortados con bisturí químico,
secuencias alteradas para la supervivencia
fetos diseñados para procesar el nitrógeno,
cuerpos que consumen menos agua y
metabolismos lentos para ahorrar la proteína,
los Ojos se han adaptado a la penumbra de las torres.

La falla en el laboratorio
es evidente, la biogénesis también fracasa.
Los tanques escupen errores de código,
intentos fallidos de vida
fetos sin estructura ósea sino líquida,
masas de tejido transgénico que laten sin propósito

sin pulmones evidentes ni órganos internos distinguibles
biología aberrante que el sistema desecha en los colectores.

Las incubadoras de la periferia acumulan la chatarra viva,
criaturas que son monstruos vivos que no debieron nacer.
Cuerpos que no se adaptan al aire del filtro,
mutaciones no programadas en la cadena celular
el laboratorio que intenta corregir la naturaleza,
ésta, toda desgastada, solo responde con deformidad.

El planeta empobrecido no perdona.
La erosión de la tierra alcanzó hasta los cromosomas.
El ADN del siglo veintidós está roto, es quebradizo y apesta.

Ante la abolición de una cuna
nadie arrulla a una criatura en la noche
términos como familia, bebé, maternar fueron
eliminadas de los diccionarios.
La corporación reclama la propiedad del tubo
el niño crece en un pabellón de ensamblaje,
no exento de errores biosistemáticos
educado por estímulos luminosos,
alimentado con una pasta genérica racionada.

No hay infancia como tal,
Solo la preparación para la estación de trabajo,
uno que lo mantendrá en rigor toda su existencia

y si fallece, es reemplazable por otro igual.
El término ancestro y ancestral quedó en desuso,
solo resta una asignación de funciones.

El sexo se desligó para siempre de la cuna.
Nacer es un cálculo estricto de la cuota hídrica,
morir es solo liberar un espacio en el censo global.

Bajar la tasa de los quince mil millones.
Forzar el descenso de la masa humana.
Dejar que la esterilidad planificada limpie el mapa.

En las habitaciones de alquiler.
El individuo toca su propio cuerpo modificado.
Siente las costuras de fibra en la ingle.
Las cicatrices del bloqueo reproductivo.
El orgasmo solitario es el único refugio.
Un fogonazo que dura tres segundos.

Luego, el silencio.
El aire pesado de la máquina urbana.
La certeza de que la especie ha cerrado sus puertas.
El sexo dejó de ser origen.
Ahora es solo el último temblor de un cuerpo que se apaga.

La piel ya no es un manto natural,
es un polímero protector diseñado

Skincare químico en tres fases diarias.
Geles de nanopartículas para frenar la radiación.
Sueros de silicio que sellan los poros quemados.
Películas bioluminiscentes que cambian con la temperatura.

Nadie muestra la epidermis cruda,
la piel se modifica desde la juventud con los
derma-pigmentos reactivos a la luz ultravioleta.
Una capa sintética absorbe el sudor,
lo filtra,
lo convierte en humedad utilizable,
la belleza no es estética.
Es un blindaje contra el aire ácido.

Por dentro, el cuerpo es vísceras mecánicas,
órganos internos rediseñados por catálogo
hígados de cromo para descomponer el veneno industrial,
pulmones de fibra sintética que filtran la ceniza urbana,
estómagos de aleación preparados para la pasta transgénica.

Corazones de pulso magnético, ya
no laten por emoción ni por miedo,
solo sostienen el flujo sin variación,
sin infartos ni pausas.
No se distingue sístole de diástole y
el dolor de entrañas no existe.
Se apaga con un comando integrado en la espina.

La prótesis funcional se asimila a
la carne original que de por sí es frágil,
desgastada, enfermiza.
Las prótesis de última generación reemplazan la extremidad.
Titanio flexible en la columna vertebral,
tendones de polímero reforzado,
articulaciones hidráulicas para el trabajo continuo.

Mutilar la carne ya no causa duelo ni se considera pecado,
es una actualización del sistema,
ingeniería inversa con resultados visibles,
un cambio de módulo en el centro de mantenimiento.
El brazo cansado se retira,
se instala una pieza de repuesto,
el cuerpo se vuelve un ensamblaje desmontable
y mejorable según la instalación más reciente.

El desenvolvimiento del cuerpo ha evolucionado,
se permite nuevas posturas
y formas del desplazamiento.
Articulaciones que giran en ángulos antes imposibles,
cadenas musculares sintéticas que amplifican la fuerza.

El encuentro de dos cuerpos es una fricción inédita,
carne biológica chocando contra una placa de carbono,
abrazos con termopresión neumática regulada.

El tacto busca el puerto de conexión bajo la piel,
la caricia sigue la línea de las costuras metálicas,
erotosensibles expuestas a la fútil sensualidad de la fibra,
la carne se desenvuelve como una arquitectura viva
pero sigue siendo un híbrido
que no recuerda su forma biológica original
y que ya no se adecúa para dichos propósitos con un
fin creador y regenerador, sino solo práctico-funcional.

Es la metamorfosis final
que la biología humana cedió su forma para efectos
no negociables.
Se modificó para resistir el colapso del planeta,
entre el skincare de laboratorio y las prótesis de choque
queda apenas un destello del organismo ancestral.

El individuo se observa en el reflejo del metal,
aplica la última capa del gel regenerador sobre el rostro
y ajusta la válvula de aire en su garganta.
Siente el encaje perfecto de los engranajes en su cadera
sigue caminando sobre la tierra gastada
convertido en la única versión capaz de sobrevivir al 2199.

Mano Izquierda Editores

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

III. GUERRAS

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
III. GUERRAS

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

III. GUERRAS

Mano Izquierda Editores

Las guerras del año dos mil ciento noventa y nueve
ya no dejan casquillos en el barro,
ni conocen el silbido metálico de la pólvora
perforando la carne;
el metal pesado de las balas
pertenece a los museos de la barbarie antigua.
Ahora los cielos se agrietan con
el paso invisible de las ondas de pulso direccional,
frecuencias de resonancia ultrasónica
y haces de microondas concentradas
que no rompen la piel, pero
licúan los órganos internos en cuestión de segundos,
hirviendo la sangre dentro de las venas
sin que una sola gota manche el uniforme.
Sobre la geografía de los campos de batalla,
la muerte se ha vuelto limpia para el agresor,
un fenómeno acústico y electromagnético
que convierte divisiones enteras
en estatuas de gelatina caliente
que se desploman sin lanzar un solo grito.

Arriba, donde el aire apenas conserva oxígeno,
los cielos pertenecen a las nubes de drones.
Enjambres autónomos, guiados
por algoritmos de exterminio sin intervención humana,
tejen una red infrarroja
sobre las ruinas de las ciudades habitadas.
No hay pilotos, no hay rostros tras las mirillas,
no hay dudas operativas en el aire:

la máquina calcula la densidad demográfica,
identifica la señal térmica de la vida
y libera la descarga vibratoria
que apaga los centros nerviosos de la población.

La guerra se ejecuta
como una rutina de mantenimiento informático,
un borrado masivo de código biológico
sobre parcelas de tierra que deben ser despejadas.

En las trincheras de hormigón sintético
no combaten hombres nativos de la tierra,
sino los batallones modificados en las incubadoras
de la ingeniería bélica.
Soldados de biotecnología avanzada
cuya empatía fue extirpada en la fase embrionaria,
con los receptores de dolor bloqueados
por polímeros sintéticos en la médula
y las glándulas suprarrenales sustituidas
por bombas de estimulación bioquímica.
Son organismos de combate que no necesitan dormir,
que no experimentan el remordimiento,
cuya masa muscular ha sido entrelazada
con haces de fibra de carbono
para resistir el impacto de las vibraciones armónicas
del enemigo.

Estos soldados biomecánicos

marchan a través de los territorios conquistados
como herramientas ciegas diseñadas
para la ocupación y el sometimiento absoluto.
Para ellos, la vida humana del bando contrario
es únicamente una variable a neutralizar.
Cuando penetran en los búnkeres de la resistencia,
su violencia no nace del odio,
sino de una programación eficiente
que incluye la violación sistemática y la mutilación
como instrumentos de guerra psicológica
destinados a quebrar el espíritu de los sobrevivientes.
La agresión se ha vuelto métrica,
un procedimiento metódico donde la crueldad humana
se amplifica con la fría precisión del implante
que exige su cuota de dominación.

Las guerras de este siglo no se libran por banderas,
ni por fe, ni por narrativas nacionales;
son invasiones corporativas para la
usurpación violenta de las últimas cuencas hidrográficas
y los yacimientos profundos de Litio-Filtrita
que aún sostienen la red eléctrica global.
Las antiguas potencias del norte,
reducidas a escombros financieros por
su propia decadencia,
observan cómo las nuevas federaciones
del ecuador y los conglomerados mineros
despliegan su aparato colonial sobre
las zonas marginales del planeta.

Un nuevo colonialismo brutal
redibuja las fronteras sin firmar tratados de paz:
donde antes había comunidades asentadas
alrededor de los últimos pozos naturales,
hoy se alzan murallas electromagnéticas
que expulsan a millones de hambrientos al desierto.

Los terrenos son despojados mediante
el fuego iónico y el envenenamiento de los suelos;
las poblaciones locales son
desplazadas o exterminadas sin derecho al asilo,
mientras los convoyes automatizados
extraen la materia prima hacia los núcleos continentales.
El mapa del mundo en 2199 es una red de enclave
fortificados sobre un planeta devastado,
donde la soberanía pertenece únicamente
a quien posee el control de los satélites de ataque
y la capacidad de borrar del mapa
cualquier intento de soberanía territorial autónoma.

Cualquier facción insurgente que se
levante contra la administración de los recursos
es clasificada de inmediato
bajo la etiqueta del terrorismo y
condenada al borrado absoluto.
No hay juicios, no hay campos de prisioneros,
no hay mediación de organismos internacionales.
El exterminio de la disidencia se ejecuta
mediante operaciones de extracción quirúrgica

donde comandos biotecnológicos penetran
en las profundidades de los sectores subterráneos
para erradicar a los líderes incómodos
antes de que sus proclamas puedan propagarse.

Las extracciones se realizan
con una rapidez aterradora:
las salas de mando de los regímenes rebeldes
son perforadas por
cargas de plasma direccional,
y sus dirigentes son anulados
o extraídos vivos para ser desmantelados
en laboratorios de inteligencia.
Si un régimen local intenta nacionalizar
una planta de filtración o cortar el flujo de energía,
las potencias dominantes no envían diplomáticos
ni aplican sanciones económicas;
despliegan los vectores de guerra geofísica,
alteran el microclima del distrito
y sofocan la rebelión inundando
las avenidas con ondas de choque
que agrietan las estructuras,
sometiendo a la ciudad entera
a la rendición incondicional
en cuestión de horas.

Las tropas de ocupación
caminan sobre un terreno calcinado
donde la victoria es solo la posesión

de un desierto de ceniza
y estructuras de titanio rotas.
Las poblaciones sometidas
son integradas a los programas de esclavitud laboral,
forzadas a trabajar
en las galerías de filtración
o en el ensamblaje de nuevo armamento
a cambio de la dosis mínima
de agua embotellada y
pasta de proteína transgénica.

El ciclo de la dominación
se cierra sobre sí mismo
sin ofrecer esperanza de redención:
la guerra
no promete un futuro mejor
ni la construcción de una era de paz,
sino únicamente la garantía de que
los vencedores administrarán el colapso
un poco más de tiempo.

Entre los escombros de las ciudades
devastadas por las armas de onda,
el aire huele a ozono,
a metal fundido
y a la grasa quemada
de los soldados modificados.
El planeta empobrecido,
ahogado por quince mil millones de habitantes

que luchan por el barro,
sigue girando en el espacio
como una enorme trinchera a cielo abierto,
donde el eco de la última
explosión no es más que el sonido del hombre
perfeccionando la tecnología
para su propia y definitiva extinción.

El vocablo paz ha sido
erradicado
de los léxicos oficiales por obsoleto,
sustituido en los manuales
de gobernanza por el término
"tregua de calibración",
un breve intervalo técnico
en el que las armas de onda
reajustan sus frecuencias
y los satélites renuevan sus matrices de censo
para la siguiente incursión.
Ya no existe la ilusión
de un estado de reposo
ni el horizonte
de un entendimiento mutuo;
la guerra no es un evento extraordinario
que interrumpe el curso de la vida,
sino el estado natural de la atmósfera,
la tensión constante
que sostiene la producción.
Creer en la paz en el siglo

veintidós se considera
una patología del pensamiento,
un síntoma de deterioro neuronal que el sistema liquida
con aislamiento o reeducación.

Los sobrevivientes del frente
no regresan a casa porque
no existen hogares a los que volver;
caminan por los niveles inferiores
exhibiendo la mutilación
como una arquitectura cotidiana.
Carne desgarrada que tuvo
que ser sustituida por injertos
de polímero barato,
brazos amputados para dar paso
a conectores universales
que hoy se pudren por falta de aceite,
y rostros parcialmente borrados
por la radiación que ahora
se ocultan tras placas de lata.
Los soldados modificados,
desactivados al término de su vida útil
por las corporaciones,
vagan por las avenidas de hormigón
con sus implantes sufriendo cortocircuitos,
sintiendo el dolor fantasma
de articulaciones biológicas
que les fueron extirpadas hace décadas.
Son espectros biomecánicos que chirrían

al dar cada paso,
mutilados dos veces:
primero por la tecnología del enemigo y
luego por el descarte de sus dueños.

Las secuelas del conflicto
no se detienen en la piel lacerada
ni en la médula espinal;
se extienden como una gangrena
sobre las estructuras financieras de los distritos.
Las ciudades destruidas por
los pulsos direccionales acumulan
deudas intergeneracionales
con los conglomerados de la Litio-Filtrita
que financiaron la reconstrucción de las murallas,
sometiendo a tres generaciones futuras
a contratos de trabajo no remunerado.
El costo de una sola hora
de bombardeo electromagnético
equivale al presupuesto hídrico
de un sector entero durante diez años,
dejando a millones sin acceso al trago mínimo.
La economía mundial es un edificio
en ruinas
que solo produce chatarra de guerra
y recibos de saldación,
donde la inflación del agua embotellada
convierte la simple sed
en una bancarrota personal.

En los barracones de rehabilitación sintética,
los cuerpos tullidos intentan adaptarse
a la vibración permanente
que dejó el impacto
de las ondas en su sistema nervioso.
El temblor es ininterrumpido:
las manos de titanio y los dedos biológicos
laten al mismo ritmo,
un espasmo involuntario que recuerda
que el campo de batalla nunca abandona la carne.
Las mentes adaptadas para el combate
no pueden procesar el silencio;
necesitan el zumbido de las turbinas
y el olor a ozono quemado
para conciliar un sueño breve,
atadas a reguladores químicos
que evitan que el cerebro se autodestruya
por la paranoia.
El traumatismo no es una secuela individual,
es el tejido mismo de la cultura,
una sociedad de amputados y ensamblados
que solo sabe relacionarse
a través del daño.

Y así, sobre la corteza erosionada
de este planeta,
la guerra deja una huella que
ni la biotecnología ni el mineral
pueden reparar.

Las hectáreas calcinadas
por el plasma
no volverán a dar
una sola hebra de hierba,
y los cuerpos deformados
por la radiación seguirán engendrando,
en los tanques o en el barro,
variaciones de una especie
que olvidó la forma intacta
de su propia anatomía.

El hombre en este siglo
es la suma de sus prótesis,
sus deudas y sus mutilaciones,
un monumento viviente
al exceso de su propio dominio,
esperando en la penumbra
el sonido de la siguiente
frecuencia destructiva
que termine por pulverizar
los últimos restos de
su desgastada humanidad.

Mano Izquierda Editores

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

IV. DROGAS

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
IV. DROGAS

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

IV. DROGAS

Mano Izquierda Editores

En las academias
ya no se enseña la prohibición;
el viejo tabú de las sustancias ilegales
y la estigmatización del adicto
pertenecen a la mitología
de un siglo primitivo
que temía a sus propios receptores.
Hoy la química
es una asignatura obligatoria
en los paneles de formación básica,
una ciencia del ajuste corporal
que enseña al ciudadano desde la pubertad
a calibrar su propia biología
según las exigencias
del mercado y de la noche.
Las multinacionales farmacéuticas
no ocultan sus catálogos
en el mercado negro;

los promocionan
en las pantallas gigantes
de las megalópolis
on la misma transparencia
con que se anuncia una actualización
del software respiratorio
o una prótesis ocular.

En este planeta erosionado,
donde la masa de quince mil millones de almas

paga fortunas inalcanzables
por un simple frasco de agua limpia de manantial,
las drogas de síntesis
se han convertido
en la mercancía
más barata sobre la tierra.
Un paquete de cápsulas
de alta pureza
cuesta menos
que una ración
de proteína transgénica
y mucho menos que un sorbo
de agua no reciclada,
convirtiendo el consumo
en el recurso primario
para aplacar la sed
y la desesperación.

El sistema prefiere
una población anestesiada
o híper-estimulada por centavos
que una muchedumbre sobria
capaz de calcular las dimensiones
de su propio cautiverio.

Las moléculas de la eficiencia
y la arquitectura del éxtasis,
la producción en las jornadas
ininterrumpidas de los distritos mineros,

se han diseñado las sustancias de hiperfoco
de quinta generación:
moléculas que anulan la fatiga neuronal,
suprimen la necesidad de sueño
por días enteros
y fuerzan al cerebro
a un estado de concentración absoluta
y sin fricción.

El trabajador consume la dosis matutina
para convertirse en un procesador perfecto,
un organismo
cuya atención queda fijada
al detalle de la máquina
sin desviarse jamás,
sintiendo una euforia sintética
mientras sus tendones biológicos
se desgastan en la tarea.

Por la noche,
la química cambia de polaridad
hacia el mercado del placer puro:
drogas de diseño formuladas
por cibernéticos moleculares
para excitar la espina dorsal,
amplificando el tacto
hasta convertir cada poro
en un centro nervioso hipertrófico.
Son moléculas que prometen

orgasmos de horas
y visiones de mundos no contaminados,
pasajes sintéticos hacia dimensiones
de luz pura que hacen olvidar
el olor a ozono quemado
y el hacinamiento
de los barracones subterráneos.

La anestesia de la voluntad
en esta sociedad de permisividad absoluta
donde el deseo ha sido despojado de moral,
la química ha perfeccionado
también los instrumentos
del sometimiento silencioso.
Sustancias volátiles y transparentes,
sin olor ni rastro químico retenible en los filtros,
son disueltas
en las bebidas sintéticas
o vaporizadas en las salas
de ocio nocturno,
diseñadas específicamente
para disolver la barrera del consentimiento

y sumergir la conciencia
de las víctimas
en un estado de parálisis lúcida.

Bajo los efectos de estos
depresores selectivos, la mente

observa con aterradora claridad,
pero el cuerpo pierde toda capacidad
de respuesta motora y de resistencia:
la masa muscular se vuelve dócil
como el agua y la voz se apaga en la garganta.
Las violaciones
se ejecutan en la penumbra
de los complejos de entretenimiento
como un procedimiento rutinario,
facilitado por drogas
que después borran
todo rastro, evidencia y
recuerdo inmediato
o dejan tras de sí únicamente
la sensación amarga
de una pesadilla sin rostro.
La violencia sexual
se disuelve en la ambigüedad
de una noche hiperestimulada,
donde la víctima despierta
en el suelo de plástico
sin pruebas que presentar ante los algoritmos.

La frontera del microgramo
y el negocio del colapso se difumina en
las sustancias de diseño de este siglo
que poseen una potencia matemática letal;
la distancia entre el éxtasis supremo
y el paro respiratorio

es cuestión de un microgramo.
A medida que el organismo
desarrolla una tolerancia veloz
tras pocas tomas,
el usuario se ve forzado
a rozar los límites de la dosis crítica
para obtener apenas
un destello de la
primera iluminación química.

El margen de error es nulo:
una pequeña fluctuación
en la temperatura del parche,
o la ingesta de un cristal
con una pureza ligeramente superior
a la catalogada,
bastan para detener
el pulso magnético
del corazón en fracción de segundos.

Las muertes por sobredosis
no se ocultan
ni provocan escándalo en los titulares;
son contabilizadas por las corporaciones
como una tasa de reemplazo natural.
El negocio legal de la droga
incluye el seguro de incineración rápida
y la suscripción a los paquetes de purga
de emergencia para las clases altas.

Los laboratorios
ganan en el diseño
del estupefaciente,
ganan en el suero de neutralización
y ganan
en la administración de la adicción
que sustituye a la religión y a la política.

El naufragio permanente de la mente
es el resultado es una humanidad
que habita estados alterados,

una población que no recuerda
cómo se siente la vigilia
sin alteración molecular.
La percepción de la realidad
se ha fragmentado
en mil espejismos de diseño:
algunos caminan
entre alucinaciones geométricas
que superponen ciudades de luz
sobre las ruinas grises
de la infraestructura urbana,
mientras otros flotan
en un letargo bioquímico
que convierte el dolor en una vibración ajena.

El cerebro humano
es un paisaje químico reconfigurado

por el mercado,
un espacio donde la memoria,
el placer,
el rendimiento laboral y
la agresión
se compran en ampollas de colores
y se aplican directamente sobre la piel.

Cuando el efecto se evapora
y la realidad del planeta agotado
vuelve a filtrarse,
el hombre extiende la mano
buscando la siguiente dosis
más barata que el agua,
prefiriendo el veneno perfecto
de la molécula antes que despertar
a la sobriedad insoportable
de un mundo que terminó de destruirse.

El desahucio precoz y el instinto del abismo
se da en los pasillos inferiores
de las arcadas residenciales,
los adolescentes no sueñan con la madurez;
su infancia no fue un espacio de juegos
ni de descubrimientos soleados,
sino una breve espera
en pabellones entubados
antes de la asignación de cuota.

Crecieron mirando
los marcadores del censo global
los índices de la humedad del aire
que no habrá agua para su adultez
ni espacio para levantar una vida
que no sea el engranaje de la fábrica.

Poseen una intuición fría,
un conocimiento biológico
de que el futuro es una mentira comercial,
una construcción publicitaria diseñada
por las corporaciones para vender filtros.
Saben, antes de cumplir quince años,
que la especie ha llegado
al término de su curso
y que su único destino real
es la explotación
o la mutilación programada.

La arquitectura del olvido infantil
es, para ellos, lo que no sintetizaron
las moléculas del hiperfoco
ni los estimulantes del trabajo,
sino los alucinógenos de borrado temporal
y evasión absoluta:
drogas de diseño formuladas específicamente
para la neuroquímica adolescente,
sustancias líquidas o vapores
que se absorben a través de la mucosa

o parches de Derma-Polímero.
Son moléculas que desactivan
la percepción del tiempo
y distorsionan la gravedad,
capaces de simular en el cerebro
la existencia de un sol amarillo
que jamás conocieron,
el rumor del mar de agua dulce
o la sensación de flotar en un espacio
sin peso ni hacinamiento.

Bajo el efecto de estos compuestos de evasión,
la mente joven se disuelve
en una amnesia dulce:
las palabras de la propaganda oficial se borran,
el hambre se adormece en una pausa artificial
y el cuerpo queda congelado
en un estado de catalepsia placentera.
Es una fuga química hacia atrás,
una forma de abortar la conciencia
antes de que el sistema la reclame.
Los adolescentes no consumen
para celebrar ni para rebelarse
contra el orden establecido;
consumen para desaparecer
de la línea temporal,
para no estar presentes
en el momento
en que les sea instalado

el primer módulo de trabajo
biomecánico.

Los santuarios del silencio de plástico,
se reúnen en los conductos de ventilación
fuera de servicio y
en los sótanos de basura sintética,
apilados unos sobre otros
como capas de ropa abandonada en la penumbra.
Decenas de cuerpos jóvenes
permanecen inmóviles durante días enteros,
con las pupilas dilatadas reflejando
el parpadeo de los tubos de luz moribunda,
respirando a través de filtros desgastados
mientras sus mentes
viajan por universos de simulación.
No hay música en esos encuentros,
ni conversación, ni contacto sexual:
el sexo requiere una energía
que prefieren entregar por entero
al viaje bioquímico.

Las corporaciones y los algoritmos
de control no persiguen
estos refugios clandestinos;
al contrario, toleran y subsidian
la distribución de estas drogas
de evasión juvenil.

Un adolescente drogado en un sótano
consume un tercio menos de agua reciclada,
no genera protestas por el derecho al alimento
ni requiere mantenimiento educativo.
La evasión es el método de pacificación
más económico de la época,
una forma de eutanasia prolongada
que administra la frustración de la juventud
convirtiéndola en un coma vegetal de bajo costo.

La sobredosis como frontera elegida,
en este mercado de la anestesia,
el límite de la tolerancia es una línea borrosa
que muchos cruzan a propósito.
la sobredosis de evasión
no es percibida como un accidente trágico,
sino como la graduación definitiva,
el único acto valiente sobre su propia biología.
Aumentar la dosis de la droga de diseño
hasta que el pulso se detenga suavemente
es preferible
a despertar a la jornada
de dieciocho horas
o al alistamiento en las unidades de frontera.

Las salas de urgencias
ya no intentan reanimar a los cuerpos
que llegan saturados de plástico químico;
se limita a registrar la baja en el censo

y liberar la tarjeta hídrica
del difunto para su redistribución.

Los padres (si es que la palabra
aún conserva algún significado
en los barracones)
miran el cuerpo inerte
de sus hijos sin derramar lágrimas,

comprendiendo que el viaje
sin retorno
acia la inconsciencia
fue la única piedad
que el siglo veintidós
pudo ofrecerles.

Es la generación que se borró a sí misma,
así se consuma
el último vaciado de la especie
sobre el planeta
la que prefirió las moléculas de sombra
a la luz de la realidad,
jóvenes
que eligieron la extinción
prematura
antes que el aprendizaje
de la servidumbre.
El futuro no fue conquistado
por las máquinas ni destruido únicamente

por las ondas de guerra,
sino también abandonado por sus propios niños,
que cerraron los ojos en los sótanos,
dejando que el polvo de síntesis
cubriera sus rostros inmóviles
mientras la metrópoli vertical
seguía rugiendo allá arriba,
poblada por adultos
de cromo y vidrio
que olvidaron
hace mucho tiempo
lo que significaba tener un mañana.

Mano Izquierda Editores

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

V. TEORÍAS

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
V. TEORÍAS

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

V. TEORÍAS

Mano Izquierda Editores

La arquitectura de la paranoia
y el hambre de misterio

En una colmena de quince mil millones
archivados en servidores de descarte,
donde nadie es único y la existencia
se reduce a un código hídrico
y un turno de ensamblaje,
la mente necesitó inventar la rendija,
el secreto,
la trampa detrás del muro de hormigón.

El hombre
no soporta ser únicamente
un sobrante biológico,
un engranaje reemplazable que se pudre
en la sombra de las torres de purificación;
necesita creer que es el objetivo
de un complot cósmico,
el elegido de un juego invisible,
porque ser perseguido por poderes ocultos
es una tragedia insoportable,
pero más noble es la certeza
de no importarle a nadie.

En el mercado de la sospecha,
la adicción a las verdades ocultas
detrás de la pared son los
mitos fabricados en la penumbra

de los barracones para darle un sentido
al dolor diario.
En un mundo donde la ciencia
y la biotecnología lo han explicado
y cuantificado todo,
el misterio inventado se convirtió
en el único territorio
no cartografiado por el mercado,
una droga mental más potente
que los alucinógenos de síntesis,
capaz de transformar la insignificancia
de un obrero tullido
en la epopeya de un iniciado.

De la liturgia del absurdo,
las geografías falsas
nacieron los relatos de
la arquitectura prohibida
y las pantallas que simulan el cielo;
teorías aberrantes que afirman
que la Litio-Filtrita no es un mineral del subsuelo,
sino los restos fosilizados
de una raza de titanes
de la octava dimensión que nos cultiva.
Se rumorea en las frecuencias de radio pirata
que el agua embotellada
contiene un código líquido,
un nano-polímero
diseñado por las corporaciones

para borrar la memoria de los dioses
que fuimos,
o que los líderes
de las potencias emergentes
no son de carne ni de cromo,
sino cascarones vacíos manejados
por entidades intangibles
que se alimentan del terror.

El absurdo
se multiplica con la velocidad
de una plaga neuroquímica,
se asegura
que la masa de quince mil millones
es una cifra falsa inventada
por los algoritmos
para justificar el racionamiento
de la proteína transgénica
y el secuestro del agua pura;
se murmura que el planeta
no está erosionado ni caliente,
sino encerrado en una bóveda holográfica,
y que más allá del perímetro militarizado
de los polos existen continentes infinitos
donde el agua cae del cielo sin filtro
y las frutas crecen de la tierra
sin intervención genética.
Cuanto más disparatada
es la mentira,

más adeptos recluta
entre los desesperados,
pues la fantasía más delirante
es siempre más piadosa
que la realidad del vertedero.

Para rescatar la dignidad mutilada
en la línea de montaje
o en la calle de plástico,
multiplicáronse
las fraternidades secretas inexistentes,
las logias creadas por el deseo
de pertenecer.
Hombres y mujeres
con prótesis oxidadas y rostros marcados
por la radiación urbana
se cruzan en las galerías subterráneas
intercambiando señas de mano ridículas y complejas,
códigos inventados
la noche anterior
en la soledad del cubículo
para sentirse miembros de una orden
ancestral
que maneja los hilos del destino.

Se autodenominan
Los Custodios de la Frecuencia Primordial,
La Hermandad de la Sangre no Filtrada,
creyéndose herederos

de un linaje sagrado que resiste
en las sombras desde antes del colapso.

No tienen templos, ni archivos,
ni líderes reales;
son solo sombras que se reconocen
en la paranoia,
inventando rituales con piezas de chatarra
y frases en lenguajes muertos
que no comprenden.
La necesidad de identidad
es tan voraz
en este siglo de seres anónimos
que la mentira compartida
se vuelve más sólida que el titanio,
concediendo al esclavo la ilusión
de ser el guardián de un secreto cósmico.

El laberinto de la mente rota
el lenguaje de la señal
en las celdas de aislamiento de los sectores marginales,
la esquizofrenia
dejó de ser tratada como una anomalía
de la química cerebral
para convertirse en el lenguaje natural
de una población colapsada por el ruido.
El zumbido ininterrumpido
de las armas de onda,
el parpadeo de las pantallas de propaganda

y los cortocircuitos
de los implantes neuronales defectuosos
son interpretados por la mente psicótica
como la voz directa de los arquitectos del universo.

Los enfermos trazan diagramas delirantes
sobre las paredes de plástico
con su propia saliva y hollín,
conectando
los números de serie de las raciones de comida
con las coordenadas de satélites extintos,
convencidos de haber descubierto
la ecuación matemática
que desmantelará la dictadura del aire.
Oyen mensajes en el goteo del agua reciclada,
ven profecías en la deformidad de los fetos sintéticos,

y caminan por las avenidas,
gritando advertencias
sobre invasiones de frecuencias invisibles.
La locura es una forma extrema
de resistencia inconsciente,
el esquizofrénico prefiere
construir un imperio de demonios
y ángulos prohibidos en su cabeza
antes que aceptar
la insoportable simplicidad
de su propia miseria.

La teroía de conspiración
como la última religión del naufragio,
la que sobrevivió ante las decadentes
ex religiones de antaño,
las teorías del complot son el último altar
en un siglo que liquidó a los dioses y a la esperanza.
Es numinoso y reconfortante creer
que un grupo de conspiradores invisibles
controla cada desgracia,
porque la alternativa de
saber que el mundo está a la deriva,
que nadie pilotea la nave,
que el colapso
es solo el resultado ciego
de la codicia y la superpoblación
es un abismo insoportable.

El misterio inventado
ofrece la ilusión
de que el caos
tiene una causa,
una forma,
un rostro.

Así, entre los escombros de la civilización
y el hedor del plástico quemado,
el hombre de la era final se abraza
a sus cuentos de fraternidades ocultas
y dimensiones paralelas.

Murmura la contraseña inventada
antes de dormirse
sobre el suelo de la fábrica,
sintiendo que pertenece a una élite
de despiertos en medio
de una masa de sonámbulos,
mientras allá afuera,
la maquinaria del planeta
agotado sigue girando en la penumbra,
sorda a las sociedades secretas
que no existen,
ciega a los mapas de la locura,
e indiferente
a los últimos mitos de una especie
que prefirió inventar monstruos
antes que hacerse cargo
de las ruinas que construyó.

Mano Izquierda Editores

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

VI. DINERO

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
VI. DINERO

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

VI. DINERO

Mano Izquierda Editores

La desmaterialización del valor
la divisa viva
el dinero perdió el peso
de la moneda y el papel;
ya no suena en los bolsillos
ni huele a la tinta de un banco central
o al cobre desgastado de la historia.

Es una corriente de luz
que parpadea en la retina,
un pulso electromagnético en el torrente sanguíneo,
un algoritmo de débito
grabado en los servidores profundos
de las corporaciones de filtración.

El crédito es la biología misma,
se paga con horas de mantenimiento mecánico,
con mililitros de sudor reciclado,
con el calor corporal
que la masa de quince mil millones
cede a las matrices hídricas de la metrópoli.

No tocar la divisa hace
que el despojo
sea un procedimiento intangible,
un cálculo helado
donde la riqueza de unos pocos
se traduce en el vaciado automático
de la cuenta respiratoria de los demás.

La nueva mercancía
el oro y el petróleo descansan
en la memoria como fetiches
de una barbarie extinguida;
el crudo es solo barro fósil sin uso
en la era iónica y el metal amarillo
no quita la sed ni purifica los pulmones.

El mercado bursátil
de este siglo cotiza
en los únicos activos reales
de la supervivencia,
futuros de agua potable de manantial profundo,
acciones sobre el oxígeno no ionizado
de los domos,
licencias de proteína transgénica,
derechos de explotación
sobre las vetas de Litio-Filtrita.

Las bolsas de valores ya no especulan
sobre manufactura de lujo o
bienes de consumo descartables;
especulan sobre el límite de la asfixia,
sobre la fecha exacta en que una cuenca subterránea
se secará,
monetizando el pánico
de las multitudes
antes de que la sequía apague
el último distrito industrial.

La geometría del abismo social
en las plataformas orbitales y
en las cúpulas de clima regulado de la élite planetaria,
los directores del flujo hídrico
y los especuladores del mineral
flotan sobre jardines de vegetación intacta,
bebiendo la humedad pura
de las nubes que la masa de abajo jamás llegará a ver
sin un filtro de por medio.

Para ellos, la brecha de clase no
es una diferencia de ingresos,
sino una división de especie:
poseen telas bioluminiscentes,
genomas corregidos y terapias
de reemplazo celular que compran
siglos de juventud,
mientras contemplan en pantallas holográficas
la lenta descomposición
de los barracones en la penumbra.

La desigualdad no se mide en palacios
o acumulaciones inmobiliarias,
sino en la calidad de los glóbulos rojos,
en la elasticidad de los pulmones sintéticos
y en el privilegio absoluto
de no respirar el aire
de desecho.

El casino del desastre
la especulación de la vida
en las mesas de negociación automatizadas,
la miseria del planeta
es el instrumento financiero más codiciado.
Se comercia
con la esperanza de vida de los distritos mineros
como si fuera deuda pública de alto rendimiento,
se apuesta
a la tasa de mutación celular
en los valles de escoria sintética,
y se compran participaciones
sobre el fallo inminente de las plantas de purificación
del hemisferio sur.

Cada gota de lluvia ácida
que arruina un cultivo marginal
se traduce en un dividendo
que se acredita en el ecuador,
y cada protesta sofocada
por las armas de onda
incrementa el valor de retorno
de los fondos de seguridad.

El capital de este siglo
no huele a hollín ni a pólvora;
huele a ozono purificado y a la métrica fría
de quien ha transformado
el colapso de la especie

en un gráfico de crecimiento ininterrumpido.
El saldo de la sangre y la deuda hereditaria
se mantiene como un rigor,
en los niveles donde el sol
es solo un reflejo amarillento en el humo industrial,
nacer
es asumir un saldo negativo
de respiración y proteína,
una factura biológica
que no se puede saldar o transar de otra manera.

El algoritmo financiero
calcula el costo del parto sintético
y la cuota de oxígeno
consumida durante la infancia,
transformando al individuo
en un deudor permanente
que debe alquilar sus órganos
al mercado de repuestos.

Si el saldo del ciudadano
cae por debajo del límite operativo
de la cuota hídrica,
el sistema
no envía cobradores ni notificaciones de embargo:
desactiva
de forma remota
las válvulas de la prótesis respiratoria
o reclama la cornea sintética para su subasta.

El dinero ha alcanzado así,
su forma perfecta y definitiva:
la conversión directa
de la vida humana
en una cifra digital que se liquida,
demostrando que la
última función del mercado
fue ponerle precio
al derecho de seguir respirando.

Mano Izquierda Editores

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

VII. MUNDO

Mano Izquierda Editores

Jan Stránský
HEPTAPOEIA
VII. MUNDO

Fotografía Portada: Andrew Kliatskyi by Unplash.
Fotogafía Contraportada: Andrew Kliatskyi by Unplash.

Edición bajo el cuidado de Mano Izquierda Editores.

Circa, 2026.
Lima – Perú.

JAN STRÁNSKÝ

HEPTAPOEIA

VII. MUNDO

Mano Izquierda Editores

La multiplicación del virus
quince mil millones de esporas que infestan
los continentes agotados,
una plaga biológica
que se extiende sobre la corteza
con la ciega prisa del contagio.

El hombre no habita el mundo;
lo infecta,
multiplicándose
en los ángulos del plástico
y en los vertederos subterráneos
con el único propósito
de devorar el espacio
hasta sofocar su propia respiración.

Somos una plaga que lleva
el sabotaje escrito en la secuencia del ADN,
un organismo diseñado
para destruir el huésped que lo sostiene
y a sí mismo en el proceso,
creando guerras de onda,
venenos de síntesis y
fronteras de titanio
para acelerar la extinción
de su propio linaje.

La civilización se convirtió
en un rumor de motores y tuberías de evacuación,

un entramado de torres
que devoró la cultura p
ara sustituirla por el ruido.
Los museos, la literatura y el arte antiguo
son hoy secretos inalcanzables,
fragmentos de un lenguaje olvidado
que no figura en los paneles de control.

Todo lo que alguna vez fue sagrado
es hoy un resto ajeno,
una piedra sin nombre
que la masa pisotea
en su marcha diaria
hacia las salas de ensamblaje,
incapaz de comprender
que la cultura era el único espejo
donde la especie podía mirarse.

La fractura del estrato,
la tierra que no escucha las proclamas
del progreso ni el zumbido de los satélites;
se mueve bajo los cimientos de la megalópoli
con la fría indiferencia del tiempo geológico.
Los terremotos
del siglo veintidós no distinguen
entre los barrios de cromo de la élite
y los barracones de plástico
donde la muchedumbre se amontona para morir.

Las placas tectónicas se abren en canal,
agrietando los domos de filtración
y tragándose distritos enteros
con la facilidad
con que un estómago digiere la carroña.
Las estructuras de titanio
se tuercen como ramas secas
en la penumbra del abismo,
mientras los generadores iónicos
explotan en una ráfaga de fuego azul
que calcina los niveles.

En el temblor de la falla,
la tecnología revela su fragilidad absoluta,
los implantes mecánicos
no salvan al cuerpo de ser aplastado
por diez millones de toneladas de hormigón,
y las cuentas bancarias de aire
no compran un segundo de estabilidad
en la falla que se quiebra.

La tierra reclama su geografía
a zarpazos de roca y polvo,
recordando a la plaga humana
que sus ciudades verticales
no son más que moho superficial
sobre el lomo de un monstruo ancestral
que apenas se sacude el peso.

El abismo salobre
desde los océanos muertos,
cargados de metales pesados
y residuos de Litio-Filtrita,
los tsunamis se levantan como murallas negras
que sobrepasan los muros costeros.
Olas gigantescas de agua ácida y viscosa
devoran las plataformas de extracción
y barren las terminales
de transporte automatizado
en cuestión de minutos,
ahogando a cientos de miles de cuerpos modificados
que no aprendieron a flotar.

El mar,
sofocado por siglos de vertidos y radiación,
devuelve el veneno a la orilla,
depositando sobre las avenidas
una capa de lodo químico y
restos de máquinas sumergidas.

Ahí surge lo verdaderamente ajeno
la certeza de que la naturaleza
no es un bien a dominar,
sino una fuerza extraña,
hostil y milenaria que no admite negociación
ni colonización.
Las corrientes profundas
guardan secretos que la biotecnología

jamás logrará descifrar,
abismos donde el agua
aún conserva el recuerdo de un mundo sin hombres,
mientras en la superficie,
la masa sobreviviente
se amontona en las crestas de la ruina,
bebiendo el líquido tóxico
del desastre
porque la sed
es más fuerte que el miedo a la muerte.

El secreto de las ruinas bajo
las capas de sedimento y escombros
yacen los secretos de las épocas doradas,
págicas de historia y ciencia
que la humanidad prefirió borrar
para no sentir la vergüenza del colapso.

Lo ajeno es hoy la propia memoria
de la especie,
nadie sabe quién construyó
las primeras ciudades,
ni cómo era el color de los árboles
antes de que la genética
los transformara en fibra industrial.
Los niños crecen en un mundo
sin referencias, sin pasado,
sin mitos propios,
guiados únicamente

por los manuales de consumo
y las advertencias de la cuota hídrica.

Nos hemos vuelto extraños
para nosotros mismos,
seres ensamblados con retazos de metal
que caminan sobre la tumba
de su propia historia
sin detenerse
a leer las inscripciones.

La cultura ha quedado reducida
al murmullo de los enfermos
en los canales de desecho,
a cuentos sobre lagos de agua dulce
y cielos azules que los jóvenes escuchan con burla,
convencidos
de que la única realidad posible
es la prisión de concreto
y la ración transgénica.

El único testigo en el silencio final
está por encima de los terremotos,
de las olas de veneno y
del exterminio mutuo,
el planeta permanece como el único
mudo de la tragedia.

La tierra ha visto nacer
y caer a mil especies
antes del primer balbuceo del hombre,
y observará
con la misma calma de piedra
el momento en que la última voz
se apague en los barracones.

No hay juicio en la roca,
no hay venganza en el océano,
no hay odio en el terremoto;
hay únicamente la ley invariable
de la materia
que recupera el espacio usurpado.

Cuando la plaga del virus humano
termine de consumirse
en su propio sabotaje,
cuando el último generador se detenga
y la luz artificial
se extinga en las torres,

el planeta
seguirá girando

en la penumbra del espacio,
mudo, frío e intacto
en su centro.

Lavará
sus heridas de plástico
con la lluvia ácida de los siglos,
esperando en silencio
a que el viento
borre las cicatrices de cromo y titanio,
hasta que no quede una sola prueba
de que un día,
un día,
sobre su superficie erosionada,
existió una criatura
que prefirió destruirlo todo
antes que aprender a convivir
con su propia sombra.

Mano Izquierda Editores